

# Entrevistas con Helena Paz Garro

Gerardo Bustamante Bermúdez / Patricia Rosas Lopátegui

## ENTREVISTA CON HELENA PAZ GARRO Gerardo Bustamante Bermúdez

A PARTIR DE LA PUBLICACIÓN de *La rueda de la fortuna* (FCE, 2007), es que decido entrevistar a una de las plumas poéticas más importantes del México contemporáneo. Se trata de Helena Paz Garro (1938).

Poseedora de una cultura universal muy vasta, en esta entrevista, la poeta habla sobre sus *Memorias*, su vida y sobre la publicación de su más reciente poemario. Rodeada de sus gatos, Félix y Angelito, es que accede a darme la entrevista en su casa de Cuernavaca.

GBB: Helena, ¿cuál es tu primer contacto con la poesía? ¿Cómo llegas a ella?

HPG: Cuando tenía seis años, en la escuela, allá en Francia, teníamos un libro de poemas para recitarlos. Había poemas de Racine, Verlaine y otros más. Era un libro que me encantaba. Empecé a escribir a los ocho años porque leía mucho.

GBB: ¿Qué es la poesía?

HPG: Es la condensación del estilo, de la vida y del espíritu.

GBB: En tus *Memorias*, dices que tu abuelo te aconsejaba hacerte la tonta frente a los hombres, de lo contrario, no te tomarían en cuenta.

HPG: Sí, eso me decía. También se lo decía a mi madre. Mi abuelo decía que a los hombres no les gustaban las mujeres inteligentes. Él hubiera querido casarse con una mujer más tonta, más pobre y más fea que él. Eso pensaba de los hombres en general. Él era español, pero así piensan la mayoría de los hombres, eh.

GBB: Cuéntame de tu faceta de bailarina de ballet.

HPG: Ah, claro. Yo era como una rata de ópera. Había niñas que salían de duendes, de flores. Yo era muy buena para el ballet. Mi fetiche era la Pavlova, quien es la mejor bailarina que ha habido en el mundo. Mira, cuando una bailarina vieja se retira, le da a su mejor alumna su fetiche. Son muy supersticiosas. Madame Wronska me regaló un venadito de bronce que había pertenecido a la Pavlova, también me regaló muchos álbumes inencontrables de Anna Pavlova. Me acuerdo que todos los días yo me llevaba a la escuela el venadito para que me diera suerte. Mis amigas me hacían bromas y me lo escondían. Me pasaba horas buscándolo: “Ay, Dios mío”, no lo encontraba. Mis amigas de París me querían mucho, aunque me hacían bromas.

GBB: También en tus *Memorias* hablas de Mishima. ¿Lo admirabas?

HPG: Cuando lo conocí yo era una niña y no lo había leído. Él era un hombre maravilloso: guapo, muy viril. No es lo que dicen.

GBB: ¿Y te ponías a hablar con él en japonés?

HPG: Yo hablaba japonés de niña. Después lo volví a ver a los dieciséis años en casa de Donald Keene, su traductor al inglés. Salgo en una novela de él; me puso como personaje en su novela *El templo del amanecer*. Yo soy una niña que sale ahí.

GBB: En Europa aprendiste muchas cosas.

HPG: Demasiadas. Es mejor no saber nada a saber demasiado.

GBB: ¿Por qué?

HPG: Te trae muchos prejuicios, muchos males. Saber mucho es peligroso, sobre todo de política y de esas cosas. Yo prefiero ya no saber.

GBB: Háblame del título de tu poemario.

HPG: De niña me gustaba mucho subirme a la rueda de la fortuna. Me gustaban las ferias por eso así le puse a mi libro.

GBB: La rueda de la fortuna también es una carta del tarot.

HPG: Sí, pero mi libro no se llama así por la carta. Yo aprendí a leer el tarot antes de que se pusiera de moda. Compré dos libros de tarot en la Librería inglesa cuando estaba muy enferma de cáncer en la matriz. En uno de esos libros venían imágenes, yo las recorté y las pegué sobre cartón. Yo sola aprendí a leer el tarot.

GBB: ¿Y qué te decía el tarot?

HPG: Siempre me decía la verdad. Luego ya cuando nos fuimos a España, leía el tarot a varios de mis amigos. Me buscaban mucho para que les leyera el tarot. Me acuerdo que un chico italiano, Tony, me llevó a una muchacha y yo le dije: “Tú has estado en un manicomio”. Ay, sí –me contestó–, mi mamá me metió en un manicomio. Le dije:

“Tienes muy mala relación con tu madre”. En España leí mucho el tarot. Ahora ya no lo hago porque es mucho desgaste mental. Ahora juego con el I Ching.

GBB: También el título de tu libro puede verse como las vueltas de una vida azarosa.

HPG: No lo pensé. Me gustaba la rueda de la fortuna y por eso se lo puse. Yo me subí a la rueda de la fortuna a los ocho años, en París.

GBB: En este poemario, hay varios textos que hablan del recuerdo de la infancia. Uno de ellos es “Viajes”:

HPG: Sí. Cuando era niña mis amigas me invitaban a sus castillos, eran muy elegantes, eran lugares mágicos.

GBB: La infancia es irrecuperable.

HPG: Es irrecuperable. Hay una añoranza de mi infancia. Yo fui como la rueda de la fortuna: unas veces estuve arriba y otras abajo.

GBB: ¿Por qué habías guardado tus poemas? Los setenta poemas de tu libro fueron escritos de la década de los cincuenta hasta el 2005. Abarcan medio siglo y ahora los publicas en México.

HPG: Porque mi papá y mi mamá no me dejaban publicar. Mi papá impedía que me publicaran en México. Mi mamá me decía: “Ay, no, no, no. No publiques. Tú eres como Emily Dickinson”. Esa pobre poetisa americana se murió y dejó todos sus poemas en costales, en el granero de su casa. Le decían la “vieja loca” porque se vestía de blanco. Claro, no la comprendían. Su sobrina, que heredó la casa, los rescató. El marido de la sobrina presentó los poemas a un editor y éste dijo: “Ay, son magníficos”. Los vendieron muy caros.

GBB: ¿Cómo es que te animas a rescatar y publicar tus poemas?

HPG: Siempre los guardé conmigo. Muchos los traía de Francia y de España. Hace cuatro años Joaquín Diez Canelo vino a verme para decirme que quería publicar las obras completas de mi mamá. Me dijo que quería publicar también mis poemas. Yo había publicado poemas en el

suplemento de “*El búho*” de René Avilés que es muy amigo mío; yo lo quiero mucho, además de que tiene un gran talento. También había publicado en *Unomasuno*. Mira, nadie me había hecho una nota de mis poemas que publicaba en los periódicos. Yo decía, “Pero, ¿por qué?” Varias personas me decían: “Porque tu papá no quiere que hablen de ti como poeta”. En México, Joaquín fue la primera persona que me dijo: “Me gustan mucho tus poemas y los quiero publicar”. Y yo, “Ay, ¿de verdad?” Me los publicó tres años después. Publiqué libros de poemas en Francia, en España y en Alemania, y ahora en México.

GBB: En tu poesía hay una atmósfera colorida, una fascinación por las piedras preciosas que aparecen como parte de la naturaleza.

HPG: Sí, me gustan mucho las piedras preciosas. Yo no sé por qué escribo; de repente me viene la inspiración. Yo sueño mucho y esas piedras están ahí.

GBB: Tú has dicho que muchos de tus poemas surgen a partir de un sueño. Esto es muy surrealista.

HPG: No soy una gran surrealista. Mira, yo sueño mucho a colores. Antes decía: “Ay, qué sueño tuve, lo voy a escribir”, pero no lo escribía al día siguiente. Un día mandé poner una lamparita junto a mi cama para que pudiera escribir en las noches. Si tengo un sueño muy bonito, lo escribo y después lo corrijo, claro. No lo hago poema inmediatamente porque no es lo mismo un sueño a una poesía, al menos no se escriben de la misma manera.

GBB: En tus poemas de los años setenta el tema de la muerte aparece de manera constante?

HPG: La muerte me interesa mucho porque pienso que hay un más allá, que hay un cielo, un infierno y un purgatorio. Soy muy católica. Creo en Dios Nuestro Señor, en la Virgen María, en los ángeles, en los santos. Tengo mucha fe en los santos, me han hecho muchos milagros.

GBB: ¿Cómo cuáles?

HPG: Mira, estaba muy enferma de cáncer en España y mi papá no me pagaba la operación. No teníamos un centavo, estábamos en el exilio. Mi madre y yo vivíamos en Ávila. De repente supe de un café, un lugar llamado el Yacarta. Me metí y escuché a una parejita de mexicanos y les pregunté quién era el embajador de México en Londres. Me dijeron que Hugo Margain. Yo sabía que él había sido muy bueno con mi mamá, así que se me ocurrió escribirle una carta. Entonces, decidí no contárselo a mi mamá porque ella era muy soberbia. Yo le escribí que debíamos tres meses del hostel donde estábamos, que había un agujero en el techo y que por allí caía la nieve y el agua, que en la noche poníamos baldes; no había calefacción. En la carta yo le escribía: “Una limosnita por el amor de Dios”. Yo estaba muy enferma de cáncer. Mi papá decía que lo de mi enfermedad era una farsa para sacar dinero. Le escribí a Margain para decirle que le mandara el dinero de la operación al doctor Sánchez Brest, que era el director de La Paz, el hospital donde murió Franco.

Un día salí con mi mamá a pasear porque a ella le gustaba mucho caminar. Volvimos con un frío de veinte bajo cero. Entonces, todo el hotel estaba entusiasmadísimo diciendo: “Viva México. Óle, óle”. Pues Margain había mandado pagar los tres meses que debíamos y me mandó una carta diciendo que lo que le escribí lo había estremecido, que estaba muy triste y que ya le había mandado el dinero a mis médicos. Gracias a él me salvé.

GBB: ¿Cuáles son tus santos?

HPG: San Antonio de Padua, pero no como lo ponen, así al revés. No, no. Eso es una blasfemia. Él hace muchos milagros. También San Francisco de Asís porque cuida mucho a los animales.

GBB: “La reina” es uno de los poemas que más me gustan de tu libro.

HPG: Ah, ¿sí? Mira.

GBB: ¿A ti cuál de tus poemas te gusta más?

HPG: A veces cuando estoy de buenas los leo y me parecen magníficos, pero otras no me gustan. Bueno, sí me gustan todos. Mira, "La reina" fue premonitorio porque fue antes del desmadre del 68, el exilio y todo eso. En esa época estábamos muy bien. Yo me imaginaba a una reina que andaba por la selva.

GBB: La naturaleza también es un espacio muy importante en tus poemas.

HPG: Sí porque de niña me mandaban al internado a Suiza y el director hacía que nos dieran instrucción por las montañas y los bosques y eso para mí era un placer. Me encanta la naturaleza, las flores. Estoy furiosa porque los hombres están destruyendo la naturaleza. Yo veo mucho un canal que se llama Animal Planet y ahí se ve cómo la gente destruye. Destruyeron unas selvas húmedas, magníficas. El gobierno decidió hacer plantaciones de árboles de palmeras para sacar el aceite que sirve para hacer lápiz labial. Es terrible. Para los animales es muy importante

tener un hábitat, si no lo tienen se mueren. ¡Cuántas especies están en peligro! El león está en peligro, el tigre también, el elefante. Todos.

GBB: ¿Cuál es el animal que más te gusta?

HPG: Todos los felinos. Yo contagié a mi mamá el gusto por los gatos. Ella tuvo perros de niña. Mi primera gata fue muy especial. Hablo de ella en mis *Memorias*, se llamaba Machu Picchu. Desde ahí le agarré un gran amor a los gatos. Los gatos te escogen, no sé por qué. Mi gato Félix es un amor; siempre viene conmigo, yo no lo tengo que llamar.

GBB: ¿Y los otros?

HPG: Ay, tengo muchos. Félix está castrado, si no tuviera muchos más. Ahora tengo veinticinco. Félix y Angelito son muy cariñosos. Mira, ellos entienden todo.

También tenía una perra que se llamaba Chupete, que es el diminutivo de Claudia en francés. Era una perra muy dulce porque se acostaba en la cama y lamía, lamía y lamía a los gatos. Se llevaban muy bien.

GBB: ¿Por qué escribiste tus *Memorias*?

HPG: Para poner las cosas en claro. Las escribí para terminar con tanta leyenda. Tengo tantas cosas que decir que me faltan todavía dos volúmenes. Estoy trabajando en esto. Mis *Memorias* me las boicotearon. Yo todavía estoy muy prohibida en México.

GBB: ¿Qué vas a decir en la segunda parte de tus memorias?

HPG: Hablo de mi juventud, de todas las veces que estuve en México, de París, de New York. Hablo de mi debut como bailarina en el Palacio de Versalles que es el baile más elegante. Voy hablar de mí, pero también de mi mamá porque no la puedo borrar. Quiero hablar de mis pretendientes, de mis novios y de la alta sociedad francesa.



GBB: ¿Tus amigos y pretendientes de la Ciudad de México todavía te frecuentan?

HPG: No. Perdí contacto con todo el mundo a partir de toda esa campaña negra que nos hicieron. Mucha gente no quiere verme. Mira, tanta calumnia, tanta infamia. Ya no quiero saber nada.

GBB: ¿En Cuernavaca quiénes son tus amigos?

HPG: Una poetisa muy buena que se llama Graciela Salas. También Corti, una mexicana que se casó con un sabio actor, Frank, que se retiró y se vinieron a vivir a Cuernavaca. También Marcela Magdaleno, una chica muy mona, escritora también.

GBB: Háblame de tu contacto con Ernst Jünger. Una de sus cartas aparece como prólogo de *La rueda de la fortuna*.

HPG: Sí. Yo lo conocí porque le escribí una carta. Yo tenía una roña horrible en la cara. Fui con un psiquiatra y me dijo: “No, esto no se puede curar”. Entonces un amigo mío me aconsejó: “Lee a Jünger, te va a curar”. Jünger estaba metido en el complot del 20 de julio para matar a Hitler. Leí *Diario de guerra de ocupación* y se me quitó la roña. Él era un mago blanco. Entonces yo dije: “Le tengo que agradecer a este hombre, yo lo adoro”. Mi mamá tenía una amiga de la alta sociedad, Betty Boutour, y su marido era abogado de la embajada de México. Betty era muy *snob* e invitaba a mucha gente famosa a su salón. Betty le dijo a mi mamá: “Yo tengo la dirección de Jünger, pero si se la doy a su hija no le va a contestar nunca y se va a poner muy nerviosa y más deprimida de lo que está”. Pues que le escribo una carta de cuarenta páginas.

GBB: ¿Y qué le decías en todas esas páginas?

HPG: Le hablaba sobre literatura francesa del siglo XIX y también sobre literatura alemana que es la que me gustaba mucho más porque son los románticos alemanes como Hoffman. La francesa es muy realista, muy sórdida. Me contestó enseguida.

GBB: ¿Cuántos años tenías cuando le escribiste?

HPG: 22 años. Él no era muy famoso en esa época porque tenía muy elevado su espíritu, no era nada común. Se negaba a darle entrevista a los de *Radio France Culture*. Ya luego él les habló y yo fui a un café para intelectuales donde lo cité para platicar. Mi mamá y mi primo no querían que fuera. En la entrevista que le hicieron en este café, sólo habló de mí, les dijo que había descubierto a la mejor poetisa del siglo XX. Yo estaba feliz. Me publicó varios poemas. Él hablaba de los colores, incluso tiene una teoría sobre los colores: rojo, blanco, azul. No habla del rosa. Él me dijo una vez que a él no le gustaban los escritores como Marcel Proust porque olían a excusado. Era entomólogo ¿sabes? También era montañista y hablábamos de las flores. En sus libros las flores más bellas son las azules, las rojas. Nunca las rosas. Jünger era un mago blanco. Nos escribíamos muchas cartas. Era muy humilde, siempre se colocaba por debajo de mí. Que humildad ¿no?

GBB: En tus *Memorias* también hablas de Picasso.

HPG: Sí. Era un tipo extraordinario, pero era un mago negro. Pintaba cosas horribles. Él imitó a un pintor francés. Sus primeros cuadros eran buenos. Para ganar dinero se ajustaba a la moda.

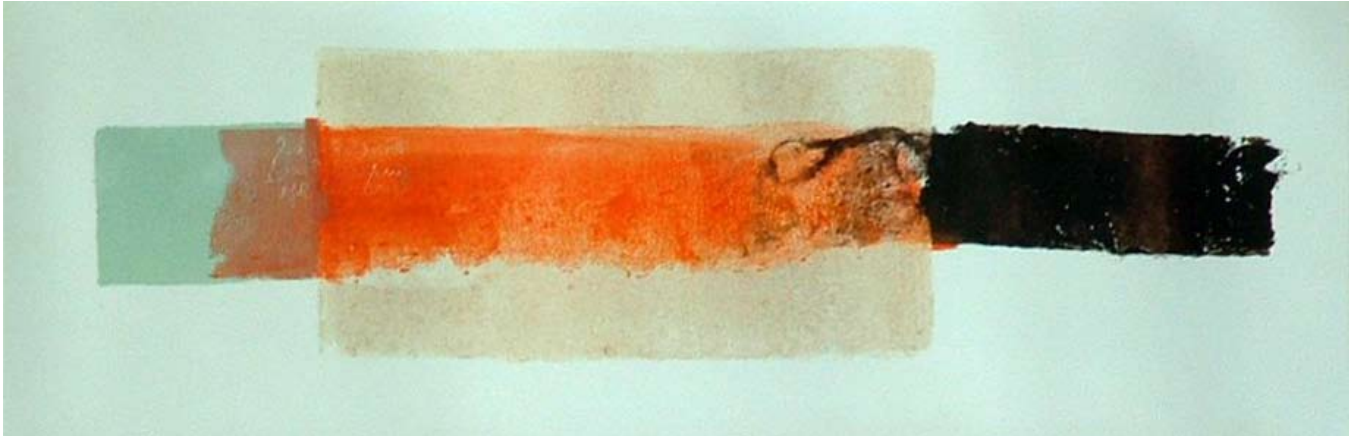
GBB: ¿Qué opinas de la poesía mexicana?

HPG: Me gusta mucho López Velarde.

GBB: ¿Y más contemporáneos?

HPG: No los he leído. Vivo como ermitaña aquí. No conozco nada de lo que se está haciendo. Te voy agradecer que me mandes algunos libros de poetas jóvenes.

Después de estar cuatro horas con Helena Paz Garro, recojo todos los aparatos, guardo mi libreta de notas; me despido de ella, de sus amorosos e inteligentes gatos y de la atmósfera mágica que encierra su casa. Le prometo volver pronto para que platiquemos sobre sus lecturas infantiles, su juventud y sus amores. •



FRAGMENTO DE UNA CONVERSACIÓN CON LA POETA HELENA PAZ GARRO  
A RAÍZ DE SU POEMARIO, *LA RUEDA DE LA FORTUNA*  
Patricia Rosas Lopátegui

PRL: HELENITA, QUÉ ME DICES de estos versos poderosos: “¿Pero qué enemigos combates/impaciente jovencita?”

HP: Se lo dediqué a mi amiga Olga Georges Picot, se suicidó. Ahí se ve que es una rebelde, ¿no?

PRL: Sí, pero yo lo había leído como que alguien te lo dice a ti y tú eres la rebelde.

HP: Bueno a lo mejor porque yo me reconocía en ella.

PRL: ¿Eran de la misma edad?

HP: Sí, pero ella era más rebelde que yo.

PRL: ¿En qué sentido era más rebelde?

HP: Era de la alta sociedad y hacía cosas para escalofriar a la gente de la alta sociedad.

PRL: ¿Por qué los gatos ocupan un lugar predominante también en tu poesía? ¿Por qué los gatos en tu vida?

HP: Me encantan los felinos. Si pudiera acostarme con un felino sería feliz. Debe ser maravilloso.

PRL: En “El gato al sol” describes toda esa gracia del mundo felino: “Brillan las garras del gato/chispas sobre el tapete./Se estira el gato/salta en el aire y gira”. Estoy leyendo el poema y estoy viendo las piruetas del gatito: “El gato huye por la ventana/como el ámbar del sol./Llevado por su estela/atraviesa la frontera de la casa./Entra al fin/en el oloroso país del jardín”. El gato fundido con el mundo del jardín, que es un mundo fantástico, que no forma parte de esta realidad brutal.

HP: Sí. Era Moshi Moshi.

PRL: Ah, era Moshi, Moshi... el gatito que trajeron en el barco...

HP: Nos lo regalaron unos chicos refugiados polacos en Suiza, no tenían donde guardarlo. Moshi Moshi que quiere decir Hola en japonés. Lo mató mi abuela, qué horror. Lo colgó con un alambre de un lazo donde se tendía la ropa.

PRL: ¿Por qué hizo eso tu abuela Pepa?

HP: Era muy cruel. Yo nunca lo supe hasta en Cuernavaca. Mi mamá [Elena Garro] nunca me lo dijo. Pero mi papá y mi mamá tuvieron la culpa porque ese gato vivía muy

contento en el departamento que teníamos muy grande en la calle de Nuevo León. Mi papá [Octavio Paz] dijo: “Que se vaya con mi mamá que tiene jardín”. Mi abuela no le daba de comer y yo, que era muy ingenua, no notaba que el gatito tenía hambre y tampoco le daba de comer porque veía que se comía las lagartijas. Yo me ponía a leer ahí con él. Mi mamá me contó después que cuando llegaba a verlo lo encontraba con el pelo todo alborotado. Y los vecinos le decían: “El güerito anda por la calle todo el día, señora”. Bueno, pero dejó muchos descendientes. Mi papá qué cruel. Mi abuela era muy hipócrita.” Sí, sí, que venga aquí el güerito”. Cambiemos de tema porque me pongo triste. También me gusta mucho la poesía española clásica, Quevedo, Garcilaso de la Vega, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz.

PRL: ¿Te acuerdas de “No me mueve mi Dios para quererte”?

HP: Ése es un poema anónimo. Apenas me acuerdo que mi maestra de español en el Liceo de México, la maestra Viqueira, nos dijo que había sido escrito por un mexicano, porque ese poema lo encontraron en un convento de monjes en México.

PRL: ¿Cuándo leíste la poesía española clásica española, de niña o de adolescente?

HP: Adolescente, en el Liceo Francés en México, en los años 50, en mis clases de español, porque yo era medio floja, ¿sabes? No me gustaba estudiar demasiado. Entonces yo escogí Latín y Lenguas, nada de química o de matemáticas. Un bachillerato humanístico. Mi mamá me dijo: “Escoge Latín y Griego”. Y yo: “No, para mí es más fácil el español”. Y me sirvió, ¿eh?, porque descubrí la poesía española. Me acuerdo de Gutierre de Cetina: “Ojos claros, serenos, / si de un dulce mirar sois alabados, / ¿por qué, si me miráis, miráis airados?”. Me gusta también mucho el verso de Quevedo: “Polvo serán, mas polvo enamorado”.

PRL: Y “Poderoso Caballero es Don Dinero”...

HP: Sí, muy satírico. Los españoles tienen un gran sentido del humor, mejor que el de los ingleses.

PRL: Volvamos a tu poesía. “El día se abre, toronja vidriosa, / nadamos al interior de su ácida pulpa / mientras que un soplo / ligero como su miel / resbala sobre nuestra nuca / (...) El fruto maduro cierra con lentitud / sus gajos amarillos / después / se desprende del árbol y cae renegrido / sobre el tapiz sin eco / de aquello que fue... / Rodando en el olvido”. En este poema describes a través de un símil lo que es el día-la vida, como una toronja, una fruta; es muy sensual. ¿Qué te inspiró este poema?

HP: Lo escribí en Cannes [1959]. Me inspiró la playa, el mar, mis amigos griegos, el hotel de lujo en el que estábamos, todo era muy sensual. A mí me encanta el mar.

PRL: “Mi isla”: “Mi isla de oro / tan próxima tan lejana.”

HP: Ese poema se lo había dedicado a mi mamá, pero ella no quiso, porque la última imagen es de un adiós. Me dijo: “No, no, porque me puedo morir”. Y le quité la dedicatoria. “La cerco con mis olas. / Busco adivinar lo que encierra su frente / para alcanzar el núcleo de sol / en el que se reabsorbe su ser, / las playas blancas de sus pensamientos, / la risa en su alma rumorosa de pájaros. / Se aleja / se convierte en una minúscula canica de oro / y rueda bajo la puerta / para siempre”. Yo le dediqué muchos poemas a mi mamá, pero ella no quería, y pues les quité la dedicatoria, como a éste.

PRL: ¿Y éste por qué se lo dedicaste a ella?

HP: Porque yo la veía de oro, con sus pensamientos de playas blancas, “la risa en su alma rumorosa” porque se reía mucho, era de lo más alegre, era quevedesca, era muy burlona. •

